

a excepción de uno fracasaron antes de entrar en vías de hecho, hemos llegado a la situación actual, a la desaparición completa de todo vestigio de navegación en estos tramos altos del río y a

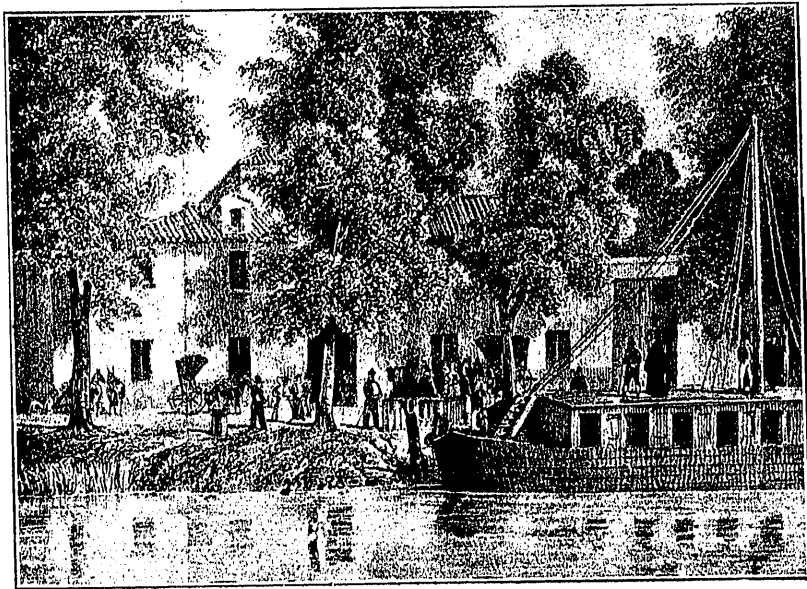


Fig. 8.<sup>a</sup>

Posada de El Bocal (Tudela).—Llegada del barco "Ordinario", y empalme con el correo.

una reducción naturalmente muy grande en los inferiores y más próximos al mar, en los que se practica, según dijimos, aunque en pequeña escala.

(Continuará.)

## QUIROGA

Vivo aún el sentimiento producido por la muerte de Uriarte, en el momento preciso en que nos disponíamos a dar cuenta del resultado obtenido con la publicación del libro que le dedicamos, recibimos un segundo golpe. ¡Quiroga ha muerto!

La noticia se ha cruzado con la carta en que le dábamos a conocer las últimas cifras, apresurándonos a proporcionarle la triste satisfacción que merecía. Su buen corazón, bien probado, se mostró en esta ocasión tan propicio como esperábamos, como siempre lo estuvo, y a su diligencia se debe en buena parte el éxito de nuestro empeño.

¡Pobre Quiroga! No nos engañó el nuestro haciéndonos temer por la salud y la vida—que ya estuvo en peligro no hace mucho—del excelente compañero. Conducidos por él frecuentamos más de lo que solíamos una correspondencia, en la cual encontrábamos siempre una gratisima y consoladora nota afectiva que era consuelo y alivio de inevitables arideces de la vida profesional, y un eco de la palabra de aquel fraternal amigo desaparecido.

Acostumbrado Quiroga, por natural condición, a apartarse de la primera línea, de todo lugar visible, apenas hablaba de sí mismo en sus cartas, muy poco de su salud quebrantada; pero los compañeros de servicio y de residencia nos advirtieron de cuál era en realidad, manifestando al hacerlo un sentimiento sincero revelador del afecto que había logrado inspirarles.

Pasaba el tiempo, sin embargo, y en su transcurso fué arraigando y tomando cuerpo en nuestro ánimo la esperanza de una curación definitiva. Ultimamente nos afianzamos en ella al cono-

cer sus últimos trabajos, algunos tan penosos como debió serlo el trazado del camino de Pombayón a Vigo que *La Esfera* (1) expone gráficamente en magníficas fotografías del abrupto país, con un sugestivo comentario de *El Caballero Audaz*. Allí se rinde un tributo de justicia a la labor de Martínez Quiroga, que nos llenó de satisfacción. En una de las fotografías se ve un trozo de camino a medio explanar, muy espesamente jalonado, y creimos apreciar la mano del concienzudo y escrupuloso compañero. Sí, aquellos jalones debían estar puestos por él, y, si era así, había hombre para tiempo. Debía haber pasado aquella época penosa en que, según se nos dijo, su esposa, abnegadamente consagrada a él, debía acompañarle en sus andanzas para cuidar de su salud quebrantada y sostener su ánimo.

El desengaño ha sido rápido y cruel, pocos días después recibíamos la noticia de la muerte.

\*\*\*

Nuevamente pone la fatalidad la pluma en nuestra mano para rendir a uno de los nuestros el último tributo de compañerismo y de cariño.

Es triste verdad que la brevísima promoción nuestra, aquella promoción de hermanos, ha sido bien duramente castigada por la muerte; en los mismos umbrales de la juventud, pasada ya sin remedio y sin esperanza, porque para nosotros no puede revivir por el recuerdo sin dolor, nos deja dos huellas penosas e imborrables, dos heridas que no lograremos ver curadas jamás, cualesquiera que sean la suerte que Dios nos depare y la vida que nos conceda.

Quiroga era singularmente acreedor al tributo que en nombre de cuantos compañeros le conocieron le rendimos; muy pocos habrán merecido de tan intenso y personal modo el título de ingeniero de Caminos, cuya posesión constituyó más que la ambición, el sueño, la ilusión de su niñez, y ninguno ha podido dignificarle más en su ejercicio. Este ha sido un verdadero sacerdocio, una serie no interrumpida de abnegaciones y de sacrificios que ha terminado, por fin, con el de su propia vida perdida por un accidente—desgraciadísimo, pero fácilmente presumible—que sufrió en el cumplimiento del deber, para él últimamente tan penoso.

La voluntad, la energía perseverante, sin desmayos, tranquila y callada, pero resuelta, que le proporcionó el título soñado, le ha sostenido hasta el último momento. Los compañeros que le rodeaban se hacen lenguas de la intensidad que tuvo su trabajo en estos últimos años de su vida, pese a todos los achaques de su salud y todos los quebrantos de su fortaleza física, tan sólida en tiempos.

Romántico exaltado, su delicado espíritu, mal encubierto por un exterior fuerte, casi rudo, necesitaba para florecer una atmósfera de lucha y sacrificio. Eso fué el curso de la carrera para él, y eso ha sido después el ejercicio a que se consagró, en cuerpo y alma, en el sitio de mayor empeño y menor notoriedad.

La vida escolar fué para Quiroga una lucha titánica, de la que salió triunfante y muy fuerte en apariencia, sólo en apariencia, porque aquellas pruebas durísimas no pasaron sin dejar una invisible, pero profunda huella.

Eran aquellas crisis porque pasaba Quiroga, adivinadas por nosotros con frecuencia, pero confesadas por él con gran dificultad y no a todos sus amigos. Eramos, por el contrario, muy escasos, quizá tan sólo dos, tres a lo sumo, los enterados, los verdaderamente conocedores de la causa. Nuestros profesores la ignoran siempre.

(1) Núm. 372, 19 de febrero de 1921.

Fué víctima de un error, de un juicio equivocado e injusto, que estaba muy lejos de merecer, que nadie habrá merecido menos, pues su vida era de una austeridad ejemplar. Jamás se expresó, sin embargo, en tono de queja y mucho menos de reproche, antes al contrario, tuvo en los días del éxito, en esos años en que la fuerza de la juventud triunfante hace egoístas y dominadores a otros espíritus de una gran amplitud y un natural noble, pero peor templados, rasgos de una singular delicadeza.

Por desgracia puedo hacer referencia a aquellos tiempos y hasta relatar los sucesos de entonces, aun cuando no sin embrazo. En vida de Quiroga no me hubiera atrevido a poner mano en ello y, aun hoy, no lo haría, por respeto a lo que él respetaba tanto, si no lo creyera necesario para trazar su silueta moral, que es digna de conocimiento y merecedora del justo tributo de una general alabanza póstuma, tardía, pero provechosa y necesaria.

\*\*\*

Quiroga pertenecía a una familia de condición muy modesta. Su padre se dedicaba en el pueblo, Azofra, a la fabricación y venta de pan. La pequeña industria proporcionaba lo suficiente para satisfacer las escasas necesidades familiares, y, llegado el momento oportuno, decidióse dar educación al hijo único, de cuya clara inteligencia y gran aplicación hacía elogios el maestro del pueblo.

Se pensó en una carrera, y, como es natural, la elección hubo de ser entre aquellas cuyo ejercicio estaba al alcance de su vista, entre las que podían ser ejercidas en el país, incluso en el pueblo mismo.

Quiroga eligió la de maestro, y maestro se hizo en la Escuela Superior de Logroño con gran brillantez, terminando la carrera muy joven.

El padre, satisfecho o resignado, atendía a los gastos de esta carrera sin violencia, no solamente durante el curso de los primeros grados hechos en la capital próxima, sino para el Normal, que debía ser tomado en Madrid.

La presentación en la Politécnica ocasionó el causancio, porque la ilusión del hijo rebasaba los deseos del padre, y el primer fracaso trajo consigo el disgusto. Y lo triste del caso era que el fracaso momentáneo, que tantas voluntades endebles ha tronchado, era debido allí exclusivamente al azar, que parece obstinarse en no ser alcanzado por quien más le persigue y le merece. Cuanto más se empeñaba Quiroga, más estudiaba, más sabía, más distante quedaba del éxito, su timidez era mayor, su cortedad de expresión más absoluta; hubo ocasión en que salió de un examen sin iniciar siquiera la respuesta que momentos antes o después hubiera dado sin titubeo, con la mayor naturalidad. Cada nueva tentativa infructuosa agravaba el disgusto familiar y venía a confirmar aparentemente el mal juicio formado, hasta justificar las graves sanciones del rígido y severo padre. Y por esta causa sufrió muchas veces grandes privaciones, que la madre procuraba dulcificar en la medida de lo posible, provocando en Quiroga, a quien nada se podía reprochar—salvo su decidida vocación—, grandísimos remordimientos.

El respeto y el cariño filiales sí que salieron siempre triunfantes de estas pruebas durísimas. Siguió siendo como había sido, como era realmente, dócil, humilde, sometido, respetuoso.

Poco a poco se fué dulcificando el trato, y llegó un día, al fin, próxima ya la terminación de la carrera, en que se le hizo justicia. Quiroga nos dió la noticia radiante de satisfacción. ¡Había recibido una carta que mostraba bien a las claras la del padre, porque estaba encabezada y comenzaba así: *Querido hijo*.

Debía haber llegado para él la hora del desquite; podía pre-

sentarse en el pueblo radiante, en plena apoteosis de triunfo. Quiroga se presentó con la mayor modestia. Volvía de las prácticas de fin de carrera y llevaba en el bolsillo el pase de primera clase concedido por la Compañía. Viajar así por primera vez no era un sacrificio para la familia, era un derecho recién conquistado por él. Otros lo hubieran ejercido en su país con especial satisfacción. ¡Quiroga no lo hizo! Cuando llegó el momento de separarnos y de tomar el tren que debía llevarle a su tierra, subió en un coche de tercera, para no rebajar al padre, que había viajado siempre de ese modo, para huír de todo alarde de triunfo, de lo que él consideraba como una censurable ostentación.

\*\*

Los primeros estudios del magisterio influyeron notablemente sobre el carácter de Quiroga y sobre su comportamiento en la vida.

Nuestros compañeros, la mayor parte de los cuales ignoraban e ignoran la posesión de aquel primer título, tan poco frecuente entre ingenieros, se explicarán al saberlo ciertas modalidades de su carácter aparentemente inexplicables.

Porque es lo cierto que, aun cuando la afición a nuestra profesión, la gran ilusión de llegar a ser ingeniero de Caminos, la carrera que el nombre de Sagasta y de Amós Salvador, los prestigios sociales de Moroy y de Bellsolá, habían rodeado de tan brillante aureola en la Rioja, se despertaron con el alborear de su inteligencia y de su educación, aquellas primeras disciplinas dejaron una marca perdurable en su espíritu.

Conservaba hacia aquella primitiva profesión suya, que no sabemos si llegó a ejercer, un respeto casi religioso que se manifestaba, tanto en el que tenía a todos sus profesores—respeto rayano en la idolatría cuando entre los talentos del profesor figuraba el pedagógico—, como en su actitud frente a los compañeros, y especialmente a los que teníamos algunos años menos que él.

El cariño que por nosotros sentía Quiroga era más que de compañero, tenía algo de paternal. Nos cuidaba y velaba con solicitud exquisita y abnegada, con frecuente olvido de sí mismo, tan completo, que no comenzaba sus tareas personales hasta que estaba bien seguro de la terminación y aun de la corrección de las nuestras. Y era también frecuente que a última hora, cuando faltaban pocos minutos para entrar en clase, o muy pocos días para el examen oral, el ejercicio práctico o la presentación de proyectos, cuando los nuestros estaban listos y cuando ya habían sido concienzudamente examinados, repasados y corregidos por él, tuviéramos que ponernos a prueba para improvisar una rápida explicación o un trabajo gráfico que le permitiera salir del grave aprieto en que por nuestra causa, ya que no por nuestra culpa, se encontraba.

Lo esencial para Quiroga era nuestro éxito; él se daba por satisfecho con salir del paso y con su aprobado; pero, en cambio, le enorgullecía nuestra calificación y la celebraba mucho más que nosotros. En realidad había motivo para ello, porque más que al esfuerzo de nuestra voluntad, que lejos de él hubiera decaído, quizá, era debida a su asiduidad, a la desvelada constancia con que nos obligaba y sometía.

Quiroga nos advertía nuestras debilidades, las preferencias de cada profesor, nos proporcionaba libros de consulta, buscaba en los archivos de la Escuela proyectos semejantes a los nuestros, nos señalaba con singular acierto las preguntas que íbamos a sufrir en el examen; muchas veces nos hacía explicar una materia que dominaba simulando un desconocimiento completo con el exclusivo objeto de cerciorarse de nuestra *fortaleza*, y más de una heló la palabra en nuestros labios, que en vano reclamaban

al conocimiento una explicación premiosa que se nos escapaba por no haber llegado al fondo de la cuestión, diciéndonos sin jactancia alguna, con el aire más modesto del mundo. ¡No te esfuerces, porque lo he entendido ya.....; pero tú debes estudiar eso un poco más! En cambio; cuando puestos por él en prensa, la explicación satisfactoria surgía, la alegría se reflejaba en su semblante burlón y bondadoso, más que nunca entonces. ¡Ahora es cuando sabes eso!—decía—Y así era, en efecto.

Ejercitaba así su principal facultad, una aptitud extraordinaria que no hemos visto superada después, la perceptibilidad, el espíritu crítico. Su examen era penetrante como un bisturí, llegaba a la entraña misma; sus juicios eran siempre profundos, certeros, incommovibles. El tiempo ha venido a confirmar todos los que expuso en nuestras conversaciones de entonces, lo mismo los que formuló sobre el carácter futuro, capacidad, talentos y porvenir de todos los compañeros de nuestra época, que sobre las figuras más salientes de la política y la literatura, a las que era muy dado.

Lo mismo que en la escuela era en las expansiones propias de la juventud, a las que asistía siempre, aunque sin tomar parte personal, y decimos esto, porque no asistía como espectador, sino como padre indulgente y campechano que lo permite todo dentro de ciertos límites, prefiriendo presenciario, como persona que cumple un deber, con el mejor humor—eso sí—, pero sin el más ligero abandono, sin perder de vista a los que éramos objeto de sus atenciones, de su desvelo, de su ternura.

Durante la vida escolar fué el compañero ideal que quisiéramos para nuestros hijos en esos años decisivos en que se orienta la personalidad y se forma. Lo mismo ha seguido siendo después para los de ejercicio, el mejor con que pudieron soñar.

\*:\*

Toda la vida profesional de Quiroga ha tenido un escenario único, Oviedo, el suave y delicioso país asturiano, donde hicimos las prácticas finales de carrera y donde pasamos, con tal motivo, una temporada corta, pero suficiente para embriagar su alma sedienta de afectos.

En aquellos momentos de supremo optimismo, de explosión de las aspiraciones más nobles y en aquel dulce ambiente acogedor, acertó a encontrar Quiroga, al primer paso, la compañera que vislumbró en sus años de soledad y de lucha, y tanto deseaba.

Su vida se ha deslizado tranquila, modesta, silenciosa, como era su carácter. Ha estado dedicada por completo a su servicio, al cumplimiento de su obligación, que no era para él un modo de vivir, de procurarse medios para satisfacer las necesidades materiales, sino algo más, algo espiritual y afectivo.

Quizá los hijos hubieran calmado, ya que no consumido, aquella inagotable bondad afectuosa, aquella necesidad de sacrificio, de solicitud; pero aquel hombre, esencialmente paternal, no los tuvo, y su falta dejó libres esos sentimientos, que se desbordaron sobre los compañeros, sobre los subalternos, sobre los proyectos, libros y papeles, sobre todo cuanto de cerca o de lejos se relacionaba con su profesión y con su cargo.

Los compañeros podían contar siempre con él, constituían una extensa familia suya, que la propia, su mujer sobre todo, habían llegado a considerar como tal, por asimilación fundada en el afecto.

Muchas veces en estos últimos años hemos escuchado con emoción ardientes y justas alabanzas de su bondad y de su protectora solicitud, pensando al oírlas que en Quiroga se personificaba nuestro tipo de ingeniero, el ingeniero honrado, recto, inteligente y eficaz, modesto y activo, desinteresado y cordial, pró-

digo de su inteligencia, de su salud y de su vida, verdadero creador de la prosperidad de un país, conductor ignorado de la política, héroe oscuro, pero cierto, de la Patria; un mantenedor firme, seguro, de los más altos y sanos prestigios del Cuerpo de Caminos, que aun más se elevan con calladas virtudes que con brillantes destellos.

Veía en Quiroga el patriarca futuro del Cuerpo, el depositario de las sanas esencias del compañerismo, no del que se posee de un odioso espíritu de casta, ni del que sirve para integrar una fuerza destinada a imponerse ante la razón y la justicia, ni del que sirve de escabel al hábil y desaprensivo para lograr el propio provecho, sino del que se inspira en el bien público, del que tiene por ejecutoria y exige el más riguroso cumplimiento del deber, del que se funda sobre un anhelo común, desinteresado y fervoroso.

Hace algún tiempo ya, más de diez años, reciente todavía el trato íntimo y diario con Quiroga, leímos el elogio que su antiguo discípulo y sucesor M. Dusuzcau hacía del gran ingeniero Guillemain, uno de los mayores prestigios del Cuerpo francés de Puentes y Calzadas. La lectura nos impresionó vivamente; en aquellas sentidas palabras estaba trazada la futura silueta moral de nuestro buen amigo. Así, como Guillemain sería Quiroga cuando fuera viejo, el trabajo hubiera surcado su frente despejada de profundas arrugas y el tiempo dejado sobre su cabeza sus huellas de nieve sin haber podido entibiar su corazón. Así sería su vejez augusta, término de una vida de austeridad; y así, como los jóvenes ingenieros franceses al lado de Guillemain, irían los nuestros al apartado retiro de Quiroga para recibir una lección viva de desinterés y de patriotismo, y realizar un acto de justicia.

No han escaseado entre nosotros los ingenieros de esa elevada condición moral, ni faltan por fortuna; la tuvieron entre los que alcanzamos Morer, Arévalo, Ferrater—un prodigio de sabiduría y un tesoro de bondad, de cuya posesión no supimos darnos justa cuenta—, Rivero, Pano, ....., y muchos más, la tienen García Arenal, Portuondo, y la alcanzarán, si Dios nos favorece con una larga duración de su vida, Hué, Quijano, Pagola, ....., y tantos otros; todos modestos y fuertemente apegados al lugar de sus trabajos. Recordamos, sin embargo, al gran ingeniero francés por la viveza del recuerdo de aquella lectura que fué para nosotros una revelación en aquella época en que nuestro conocimiento de los ingenieros españoles era escaso.

Tal debía ser la plenitud, el momento culminante de la personalidad, la gloria de Quiroga: pero la fatalidad no ha permitido que se lograra, cortando el curso de una vida límpida y sencilla que conducía a él serenamente.

Lo ha puesto bien de manifiesto la Muerte, la gran reveladora de verdades; se transparenta en las cartas en que los actuales compañeros de servicio, y los que seguían ya las inspiraciones de Quiroga en los primeros pasos, dan cuenta a sus íntimos y familiares de la desgracia en términos de dolor exaltado. Marquina, que ni de vista le conocía cuando fué destinado a Oviedo, a quien yo le presenté por carta, si la memoria no me es infiel, me escribe, al darme cuenta de los tristes detalles de la última enfermedad y de la muerte, «me falta algo mío, al notar su ausencia, los días de su enfermedad han sido muy crueles para mí. Hemos perdido un compañero que no tenía par». Un ingeniero joven, recién salido de la Escuela, Pío Linares, escribe a un camarada de promoción que conocía a Quiroga, a César Villalba, y lo hace en análogos términos, añadiendo un comentario revelador de la desgarradora verdad, de que la muerte ha sido el sacrificio definitivo. «Lo triste del caso—dice—es que podía muy bien haberse librado, o por lo menos defendido de la enfermedad, con sólo decidirse a llevar una vida tranquila sin la pesadumbre de

una carga que le abrumaba. Puede asegurarse que ha sido una víctima de la profesión, a la cual demostró más apego que a la propia vida.»

\*  
\*\*

Pero no son ellos, y mucho menos yo, que tan entrañablemente le estimé, que conviví con él en esos años que jamás se olvidan, quienes lo decimos; lo dice la voz pública en Oviedo, la ciudad de sus amores, gran secuestradora de voluntades y de afectos, pero justa en estimación y en su recompensa.

De esa voz es un eco el siguiente artículo de un periódico local:

«Hace poco más de dos meses—el 21 de diciembre—los ingenieros de Caminos de la oficina de Obras públicas de Oviedo perdían a su jefe, el prestigioso D. Delfín Fernández Vega, fallecido en el momento que se disponía a salir de su habitación del hotel para presidir una subasta.

Hoy sufren otro nuevo infortunio. Toribio Quiroga, un compañero de relevantes condiciones, ha caído bajo la segur de la muerte.

En la primera decena de febrero salió para Piloña a tomar unos datos en el campo. Al vadear un arroyo, un pequeño salto fué lo bastante para que sufriera una flebitis que, complicada con otros padecimientos, le llevó al sepulcro, sin que los esfuerzos de los médicos lograsen el éxito apetecido.

La lucha fué titánica, porque la naturaleza se resistió briosa, pero la vehemencia de la enfermedad pudo más que el acierto de los facultativos y que los cuidados solícitos de una familia amatísima.

El domingo 20 pidió le fueran administrados los Santos Sacramentos, que recibió con fervor ejemplar. Comprendía la gravedad de su estado, y como católico práctico quiso confortarse con el cuerpo de Dios.

Era bondadoso, afable, servicial, constante y asiduo y le abrumaba la tarea que le estaba encomendada. Los médicos le aconsejaron hace dos años que pidiera otro destino de menor empeño, pero desoyó prescripciones y consejos y fué mártir del deber, como Fernández Vega, por el exceso de trabajo.

Había seguido la carrera con aprovechamiento, estudiando con ahinco, y en el puesto para que fué nombrado en Oviedo era tal la aglomeración de asuntos, proyectos, informes y liquidaciones, visitas a las obras y a los faros, que comenzó a sentir la pesadumbre de la penosa carga y no tuvo momento de expansión ni de descanso.

Muere en la brecha el soldado que pelea. Como luchadores han muerto, víctimas de sus desvelos, los dos ingenieros de Caminos que en corto tiempo vimos desaparecer del mundo.

Hay diversas maneras de morir por la Patria, pero coinciden todas en el sacrificio de la vida, impuesto por temperamentos pundonorosos.

Correcto, probo, modesto y atento fué conquistando innume-

rables amistades. Acompañando sus restos y orando por su alma, el testimonio de simpatía será mudo, pero elocuente.

Dios abre sus brazos al que muere en el Señor. Quiroga siguió el camino recto de la ley divina. Las puertas del cielo estarán abiertas para acoger su alma.»

\*  
\*\*

Fué el de la vida de Quiroga un sacrificio lento, consciente y, como tal, digno de homenaje. Quedó coronado por el accidente fatal que precipitó la muerte; accidente sufrido, como se ve, en el ejercicio activo de la profesión.

Esta circunstancia aislada ha bastado para justificar la concesión de pensiones, de indemnizaciones, con las cuales la Administración pública ha significado un reconocimiento especial hacia los servidores del bien público que han perecido en el terreno del honor ciudadano, en la brecha, siempre abierta para nosotros los legionarios de la paz. No es preciso citar los casos, algunos son bien recientes; mucho menos la exposición de circunstancias y antecedentes. Bástenos decir que Quiroga se hizo acreedor a este justo tributo póstumo, de un modo singularísimo, más aún que por la triste desgracia del accidente, por sus abnegados y largos desvelos anteriores.

Es lamentable tener que pedir como un favor lo que a otros servidores del Estado les es reconocido como una justicia social, lo que el mismo Estado obliga a hacer en tales casos a los particulares que se benefician con el trabajo ajeno; pero puesto que es necesario, habrá de ser pedido y lo pedimos.

Muy respetuosamente, pero con gran encarecimiento, lo hacemos, rogando a las más altas representaciones del Cuerpo, al ilustrísimo señor presidente del Consejo de Obras públicas, al señor presidente de la Asociación de Ingenieros de Caminos, que unan a la nuestra su prestigiosa voz.

Confiamos en que esa voz, que jamás se ha empleado en demandas egoístas y desconsideradas, que solamente se alza, y siempre como puede y debe hacerlo, para ofrecer el esfuerzo colectivo y pedir medios para hacerle fecundo, ha de ser respetada y atendida.

Lo que el Estado conceda a la viuda de Quiroga no puede ser, como no lo es nunca o lo es pocas veces, una reparación al mal sufrido, pero será un tributo tan justo como ejemplar.

M. LORENZO PARDO.

Zaragoza, abril 1921.

\*  
\*\*

La REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS se une a los acendrados sentimientos y nobles deseos expresados por el ilustre firmante, y expresa asimismo su profundo dolor por la muerte del ingeniero infatigable que honró al Cuerpo con sus méritos, el inolvidable Martínez Quiroga. Descanse en paz y reciba su apreciable familia sentido pésame.

## REVISTA EXTRANJERA

### Los caminos bituminosos en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Los *Annales des Travaux publics de Belgique*, al resumir un artículo publicado en los *Annales des Ponts et Chaussées*, dicen que en Bélgica el empleo de materias alquitranadas, bituminosas o asfálticas en la constitución de revestimientos de las calzadas ha

quedado relativamente limitado. La Gran Bretaña y los Estados Unidos han llevado mucho más lejos el estudio experimental y las aplicaciones en gran escala de estos materiales, de tal modo que las numerosas observaciones hechas han permitido fijar reglas bien precisas sobre las mejores condiciones de aplicación de cada categoría de productos y sobre las pruebas de recepción que conviene hacerles sufrir.